



Conoció a Gregorio hace ya unos cuantos años. Él había dejado ya la política activa y se embarcaba en la aventura de crear una nueva Universidad, la Carlos III de Madrid. En mi caso, daba los primeros pasos en la Filosofía del Derecho e, indefectiblemente, me encontré con su obra, su persona y personalidad. Como pronto empecé a interesarme por los derechos fundamentales –derecho a la intimidad, libertad religiosa, el derecho a la educación– y, sobre todo, por su reconocimiento en la Constitución española de 1978, era ineludible aprender de su saber y de su experiencia como la de otros tantos participantes en esa obra tan compleja

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ DE PISÓN CAVERO
CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA DEL DERECHO Y EXRECTOR DE LA UR

RECUERDOS DE UN AMIGO



y no exenta de polémica. Recuerdo su paciencia y su tesón en explicarnos a algunos, por aquel entonces, jóvenes iusfilósofos, ciertos puntos controvertidos...

Sin duda, en este momento, crece la figura de Gregorio por encima de las diferencias políticas. Por encima de todo, desta-

can sus virtudes. Su disponibilidad al diálogo y al consenso, su capacidad comunicadora, su amabilidad, su conocimiento, su hospitalidad, etc. Con sensibilidad social, comprometido con el hacer político, supo ir cerrando las habitaciones de su vida para dedicarse a lo que más le gustaba: la Universidad y la

Filosofía del Derecho. Una vez jubilado y pasada la etapa rectoral, todavía seguía atareado en legarnos su visión de los derechos fundamentales, de la democracia, del Estado de Derecho, de la tolerancia y del respeto, de la separación Iglesia-Estado, etc.

Gregorio era también una persona de hábitos. Desde hace décadas, pasaba el verano en Ribadesella, en Asturias. Ahí, espontáneamente, tenía en su entorno una pequeña corte compuesta por amigos y gente del lugar. Quienes le queríamos no dejábamos de hacerle una visita y sabíamos que no era difícil encontrarlo en el Gran Hotel jugando una partida de dominó.

Nuestra relación no se ceñía

solamente a la Filosofía del Derecho. Hace ahora algo más de ocho años, cuando tomé una de las decisiones más importantes de mi vida, la de presentar mi candidatura a Rector de la Universidad de La Rioja, Gregorio fue una de las primeras personas a las que pedí consejo. Aún recuerdo sus palabras y su sentido del humor al animarme en esta aventura: ¡los filósofos del Derecho íbamos a copar los Rectorados de las Universidades públicas! Al poco tiempo, ya éramos cinco o seis y parecía que se iba a cumplir su profecía.

En fin, siempre nos quedará esa imagen conciliadora, además de su afición por los puros, su madridismo, su lealtad monárquica, su afabilidad...